

El factor ambiental en los debates ideológicos en torno al desarrollo de América Latina¹

The environmental factor in the ideological debates surrounding the development of Latin America

Fernando Estenssoro²

fernando.estenssoro@usach.cl

Resumen: El presente artículo entrega antecedentes históricos respecto de cómo el concepto de desarrollo ha jugado un papel fundamental en el debate político-ideológico tanto en el sistema internacional como a nivel local, desde el término de la Segunda Guerra Mundial en adelante, particularmente asociado al debate ambiental desde sus inicios. Así cómo, se entregan antecedentes de la expresión de este fenómeno en América Latina. Se señala que las ideas críticas al concepto de desarrollo nacen en el seno de las elites neomalthusianas estadounidenses y casi simultáneamente pasan a ser parte estructural del pensamiento ecologista del Primer Mundo. Finalmente expone como en el siglo XXI, estas ideas críticas se han fortalecido y tienen una interesante presencia en el actual debate ideológico de América Latina.

Palabras claves: desarrollo, decrecimiento, crisis ambiental, ecologismo, América Latina, extractivismo, ideología.

Abstract: This article provides historical background on how the concept of development has played a key role in the political-ideological debate both in the international system as locally, from the end of Second World War on, particularly associated with the environmental debate since its beginning, as well as how it has been expressed this phenomenon in Latin America. It is noted that critical ideas to the concept of development are born within US neo-Malthusian elites and they simultaneously become a structural part of the ecological thought in the World War I. Finally, this study exposed how these ideas of criticism have been strengthened and how they have an interesting presence in the ideological debate in Latin America in the twenty-first century.

Keywords: development, decay, environmental crisis, ecology, Latin America, extractivism, ideology.

¹ Este artículo es producto del proyecto Fondecyt N°1150569: *Perspectivas Latinoamericanas en el Debate Ambiental Mundial entre 1992 y 2012. Los casos de Chile, Ecuador y Brasil. Un estudio de historia de las ideas políticas del tiempo presente en el espacio de la política mundial e internacional.*

² Doctor en Estudios Americanos. Investigador responsable del proyecto Fondecyt N°1150569. Director del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Román Díaz 89, Providencia, Santiago, Chile, 7500618.

Introducción

El concepto de desarrollo, entendido genéricamente como crecimiento económico y aumento de la calidad de vida del conjunto de la población tomando como patrón óptimo el estándar de los países del Primer Mundo, por lo menos desde la segunda mitad del siglo XX, ha estado asociado a las teorías económicas, sin embargo desde la perspectiva de la historia de las ideas políticas ha sido mucho menos analizado.³ Sin embargo, este concepto tiene una enorme dimensión y vitalidad ideológica desde tiempos de la Guerra Fría hasta el día de hoy. Como ha dicho Gustavo Esteva (1996, p. 54), el “desarrollo ocupa la posición central de una constelación semántica increíblemente poderosa. Nada hay en la mentalidad moderna que pueda compararsele como fuerza conductora del pensamiento y del comportamiento. Al mismo tiempo, muy pocas palabras son tan tenues, frágiles e incapaces de dar sustancia y significado al pensamiento y la acción como ésta”.

Particularmente las ideas críticas al desarrollo, o sea críticas a la posibilidad de que los países de la periferia o subdesarrollados alcancen algún día el estatus de países desarrollados, fueron enormemente fortalecidas con la aparición del debate ambiental⁴ que surgió en los países centrales a fines de la Segunda Guerra Mundial como corolario de la naciente Guerra Fría y la política estadounidense de contención del comunismo (Estenssoro, 2014). Desde entonces, estas posturas críticas han venido adquiriendo una enorme vitalidad político-ideológica, al punto que fueron claves para articular la ideología ecologista, y en los actuales tiempos de globalización, cuando para muchos teóricos políticos la diada izquierda-derecha quedó definitivamente obsoleta tras el fin de la Guerra Fría, no son pocos quienes ven en las ideas que niegan el desarrollo y promueven el decrecimiento económico, los clivajes de las nuevas ideologías radicales y revolucionarias que terminaran cambiando el actual orden capitalista neoliberal dominante, tanto a escala mundial, como en América Latina (en adelante AML).

Las concepciones negativas del desarrollo en el inicio del debate ambiental por parte de las elites de los países del Primer Mundo

Los críticos contemporáneos a la idea del desarrollo –asociado fundamentalmente al crecimiento económico–, siempre hacen referencia al uso geopolítico que los EE.UU. hicieron de este concepto tras el término de la Segunda Guerra Mundial, a fin de sostener su hegemonía por medio de la “exportación” de su estilo y forma de vida al emergente Tercer Mundo. En este sentido, la exportación del desarrollo era parte de la política de *contención del comunismo* anunciada por el presidente Harry Truman en 1947 y que fue característica de la Guerra Fría (también se conoció como Doctrina Truman).⁵ Como parte de esta política Truman, en su discurso del 20 de enero 1949 (cuando asumió el segundo mandato), dividió al mundo en países desarrollados, como sinónimo de modernos, industrializados, ricos, con sistemas democrático liberales y altos estándares de vida, donde los EE.UU. eran el ejemplo arquetípico, y países subdesarrollados, como sinónimo de pobres, atrasados, muy desiguales socialmente y de economías fundamentalmente agro-tradicionales y exportadoras de materias primas, o sea África, Asia y América Latina y el Caribe. Junto con esta división, prometió que los EE.UU. irían a aliviar el sufrimiento de estas personas, las del mundo subdesarrollado, promoviendo su modernización y desarrollo por medio de programas de asistencia técnica destinados a su industrialización, entre otras medidas (Truman, 1949; Sachs, 1997; Escobar, 2007).

Esta política de Truman se apoyaba en las teorías económicas de la modernización creadas, principalmente, por economistas estadounidenses que entregaban fórmulas para que los países tercermundistas alcanzaran el estadio de modernos y desarrollados junto con alejarse del comunismo.⁶ Sin embargo, sectores de las élites intelectuales estadounidenses rechazaron esta estrategia de Truman e

³ Obviamente el concepto de desarrollo tienen muchas otras variables y adjetivos, pero para el caso de este artículo nos interesa mantenerlo en esta forma genérica. Para profundizar en la evolución y complejidad de este concepto ver Preston (1999), W. Sachs (1996), Esteva (1996).

⁴ Vamos a entender por debate ambiental toda la discusión político-ideológica surgida en relación al concepto de crisis ambiental global y los caminos de su superación. En este sentido, se puede definir la crisis ambiental global como el fenómeno caracterizado porque el crecimiento económico, junto al elevado nivel de desarrollo y estándar de vida alcanzado por la llamada Civilización Industrial -donde el Primer Mundo es su ejemplo arquetípico-, creó problemas de carácter ecológico y ambientales de tan enorme magnitud que puso en riesgo, por primera vez en la historia, la continuidad de la vida del ser humano en el planeta. En un primer momento las macro variables que componían esta crisis ambiental se referían a fenómenos tales como: la contaminación, la pérdida de la biodiversidad, el cambio climático, el agotamiento de los recursos naturales, la destrucción de la capa de ozono, y la llamada, por algunos, “explosión demográfica”. Posteriormente, y tras múltiples debates en el seno del sistema internacional, caracterizada por una clara confrontación política y teórica entre el Norte y el Sur se incorporó también como variable generadora de esta crisis ambiental, el tema de la pobreza y miseria en que vive gran parte de la humanidad (Estenssoro, 2014).

⁵ Se debe recordar que terminada la Segunda Guerra Mundial se inició un importante proceso de descolonización en África y Asia fundamentalmente. Estos pueblos lucharon por su derecho a constituirse como Estados soberanos así como, también, superar las condiciones de miseria y atraso generalizado en que los habían dejado las potencias coloniales o centrales tras siglos de ocupación. Sin embargo, a diferencia de los países de la América Latina que habían realizado este proceso en las primeras décadas del siglo XIX, inspirándose en los ideales republicanos de la Revolución Francesa, o monarquías constitucionales como la inglesa o la naciente democracia representada por los Estados Unidos, ahora, en la segunda mitad del siglo XX, las ex-colonias africanas y asiáticas también podían inspirarse, tanto económica como políticamente, en el modelo comunista soviético que se había hecho presente en el escenario mundial desde 1917 en adelante (Estenssoro, 2014).

⁶ Entre sus clásicos, figura Arthur Lewis, *Teoría del Crecimiento Económico* (1955), y la obra de Whitam Rostow que pretendía ser la respuesta al *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels (1848), por lo cual tituló a su libro como *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista* (1961).

hicieron todo lo posible para convencer a sus dirigentes políticos que, con semejante doctrina “desarrollista” e “industrialista” hacia el Tercer Mundo, se iba a obtener el efecto contrario. O sea, iban a acelerar la “caída” de estos países en el comunismo, junto con incrementar el poderío soviético en el sistema internacional, poniendo en un grave riesgo la seguridad de los Estados Unidos, su modo de vida y hegemonía mundial. El argumento que ellos dieron fue precisamente la existencia de la crisis ambiental y ecológica global. Se trataba de sectores neo-malthusianos⁷ que sostenían la imposibilidad física de que la población del Tercer Mundo pudiera algún día alcanzar o siquiera acercarse, al estándar y estilo de vida de los Estados Unidos, dado que no había una existencia de recursos naturales ni energéticos suficientes en el planeta para semejante aventura. Esta situación, sólo iba a aumentar la frustración de las masas hambrientas tercermundistas que terminarían abrazando los ideales comunistas (Estenssoro, 2014).

Lo interesante de estas posturas es que al tradicional temor malthusiano frente al acelerado aumento demográfico, sobre todo de los pobres en el mundo, agregaban las consecuencias de las externalidades ambientales negativas que había generado el proceso de industrialización que, iniciado con la Revolución Industrial, en la segunda mitad del siglo XX venía degradando seriamente los ecosistemas terrestres al punto que amenazaban la propia capacidad de regeneración ecosistémica planetaria, o sea habían provocado la crisis ambiental global. Por cierto, estaban conscientes que la industrialización los tenía en la cima del poder mundial pero advertían que si ellos, el Primer Mundo, que eran la minoría de la humanidad, con su civilización industrial, habían generado esta amenaza -a lo que se debía sumar el aporte realizado por el sistema comunista soviético o Segundo Mundo, con su propio proceso de industrialización-, la situación se volvería ecológicamente apocalíptica si los pobres o Tercer Mundo, o sea la mayoría de la humanidad, pretendían seguir su mismo camino de modernización e industrialización (Estenssoro, 2014).

Frente a estas ideas desarrollistas de Truman, los neo-malthusianos se lanzaron en una verdadera cruzada de educación ecológica y ambiental de sus elites políticas y masas ciudadanas, por medio de una serie de publicaciones que poco a poco fueron modificando esta perspectiva optimista respecto de un desarrollo y crecimiento económico ilimitado y universal. Por ejemplo, en 1948, aparecieron dos importantes ensayos *Camino de supervivencia* de William Vogt, y *Nuestro planeta saqueado*, de

Fairfield Osborn. Ellos, frente al creciente temor de una Tercera Guerra Mundial entre comunistas y capitalistas, comenzaron a popularizar la idea de se estaba *ad portas* de la crisis final de la civilización por el agotamiento de los recursos naturales ante el aumento de las bocas que alimentar (Vogt), lo que significaba la próxima llegada del día del juicio final ecológico (Osborn). En otras palabras, se estaba desarrollando “otra guerra mundial” que podía ser peor que la atómica y era la guerra “del hombre contra la naturaleza” (Estenssoro, 2014, p. 70). Por cierto, sumaban a las causas de este apocalipsis civilizacional el derroche de recursos que implicaba el modo de vida consumista de los EE.UU., así como el impacto ambiental provocado por la mecanización de la agricultura, el uso de plaguicidas como el DDT y todos los fenómenos de contaminación asociados a la moderna sociedad industrial. Sin embargo, el mayor problema radicaba en los afanes de industrialización y crecimiento económico de los países del Tercer Mundo y que ahora, se veían estimulados por las políticas de Truman, dado que generaría una catástrofe ambiental miles de veces mayor que la causada por el desarrollo de los países ya industrializados.

Además, esta situación era aún más peligrosa porque los pobres del mundo, en su afán por mejorar sus condiciones de vida, eran los más propensos a creer en la propaganda comunista y se estaban reproduciendo de manera alarmante. Al respecto, Vogt va a señalar: “Cada segundo y medio [...] la población del mundo se aumenta en una persona”, por lo tanto, frente a un planeta con recursos finitos y limitados, toda la sociedad debía preocuparse por el impacto que significaban estos nuevos miembros de la humanidad para las existencias limitadas de recursos naturales ya que “la expansión del comunismo, engendrada en la ignorancia del pueblo (ignorancia que tiene sus raíces profundas en la sobrepoblación y destrucción de la tierra) es de importancia para cada uno de nosotros. Nos queda poco tiempo, pero se está acabando rápidamente” (Vogt, 1952, p. 12). Por estas mismas razones, Osborn, de religión protestante, va a abogar por la unidad entre protestantes y católicos, ya que pese a que los católicos se oponían a las políticas de restricción de la natalidad, eran un baluarte mundial en la lucha contra el comunismo y, con paciencia y perseverancia, terminarían por entender que limitar la natalidad en los países pobres era la forma estratégica más eficaz para debilitar el avance comunista (Osborn, 1956, p. 190). En los años siguientes, una gran cantidad de científicos e intelectuales del Primer Mundo se sumaron a esta cruzada que, junto con aumentar y

⁷ Las posturas neo-malthusianas, recogen la creencia original de Robert Malthus (1798), de que la población crece más rápido que los recursos (los recursos aumentan aritméticamente mientras la población lo hace geométricamente), lo que puede desencadenar catástrofes sociales y civilizacionales, y la renuevan sobre la base de que los límites físicos de la Tierra son absolutos y no pueden soportar un crecimiento de la población que supere la capacidad de carga ecológica del planeta.

diversificar su arsenal argumentativo, adquirirían tintes cada vez más ecologistas y verdes permitiendo camuflar de mejor forma su anticomunismo estratégico.⁸

Estos esfuerzos educativos de sus elites, verán el éxito a fines de los años sesenta e inicios de los setenta con tres hechos claves y totalmente concatenados. Uno va a ser la creación del Club de Roma en 1968 y la publicación de su primer informe sobre el estado de la situación del mundo en 1972, a lo que se sumó, también en 1968, la convocatoria a la primera gran Conferencia Mundial de la ONU sobre el Medio Ambiente para realizarse en 1972 en Estocolmo; así como la llegada de Richard Nixon a la presidencia de los Estados Unidos en 1969.

(a) El Club de Roma y el informe *Los Límites del Crecimiento*

El Club de Roma se creó en 1968, como una organización preocupada por el impacto de las actividades humanas sobre el mundo y reunía a grandes industriales y empresarios vinculados a Ford, Volkswagen, Olivetti, entre otras grandes empresas, así como a científicos, intelectuales y filántropos primermundistas. Con el apoyo de la Fundación Agnelli, pusieron en marcha el Proyecto Sobre la Condición Humana, para estudiar y dar respuesta a problemas tales como: la pobreza en contraste con la abundancia, la degradación del Medio Ambiente, la pérdida de fe en las instituciones, el crecimiento urbano sin control, la inseguridad en el empleo, la alienación de la juventud, el rechazo de los valores tradicionales, la inflación y otras distorsiones monetarias y económicas. Se presentaban a sí mismos como actores sin ideas políticas preconcebidas y al margen de la pugna entre los dos superpoderes político-militares que dominaban la escena de la Guerra Fría. En 1969 solicitaron un estudio prospectivo sobre los dilemas de la humanidad, al profesor Dennis L. Meadows, del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), el que fue financiado por la Fundación Volkswagen. Meadows reunió a un equipo de trabajo de 17 científicos y en 1972 publicaron su informe final, *Los Límites del Crecimiento* (Meadows *et al.*, 1972; Jacob, 1999).

En *Los Límites*, se sintetizaron magistralmente las tesis neo maltusianas señalando que al serio problema del agotamiento mundial de los recursos naturales a raíz del crecimiento demográfico se sumaba la amenaza en que se encontraba el equilibrio ecosistémico del planeta producto de los múltiples problemas derivados de la contaminación industrial. También cuestionó el modo de vida consumista de las

sociedades capitalistas altamente industrializadas, así como al modelo de desarrollo industrial de los países comunistas. El siguiente párrafo, sintetizó magistralmente estas hipótesis que proyectaban un sombrío destino a la humanidad:

Si no se modifican las tendencias actuales en cuanto a crecimiento de la población mundial, industrialización, contaminación, producción alimentaria y agotamiento de los recursos, alcanzaremos el límite de crecimiento de este planeta en el transcurso de los próximos cien años. El resultado más probable será una repentina e incontrolable caída de la población y la capacidad industrial.

Es posible alterar estas tendencias y establecer una condición de estabilidad ecológica y económica que sea sostenible largamente en el futuro. El estado de equilibrio global puede ser diseñado de tal forma que las necesidades básicas de cada persona en la tierra sean satisfechas y cada persona tenga una oportunidad igual de realizar su potencial humano individual (Meadows et al., 1972, p. 23, 24).

Por cierto su discurso se situaba por sobre los “ingenuos” debates entre comunistas y capitalistas, al proponer un problema mayor que los señalados por la Guerra Fría. La amenaza que ellos denunciaban afectaba a toda la civilización humana, sin importar colores ideológicos, por lo tanto proponían estabilizar el crecimiento económico y de la población a escala mundial, en un punto igual a cero o *crecimiento cero*, dado que el planeta tenía límites físicos y capacidades ecosistémicas infranqueables. Para lo cual llamaron a generar un nuevo orden mundial que evitara el desastre y que, evidentemente, impidiera el desarrollo industrial y crecimiento económico del Tercer Mundo ya que resultaba ecológicamente catastrófico.

El impacto mediático de este informe fue impresionante. Para 1976 ya se había traducido a 30 idiomas y su tiraje superaba los 4 millones de ejemplares (Mires, 1990, p. 15). Y con el tiempo paso a convertirse en uno de los textos más sagrados de ecologistas y detractores del desarrollo.

(b) La primera gran Conferencia Mundial sobre el Estado del Medio Ambiente

Simultáneamente a la creación del Club de Roma, en el año 1968, los representantes del Primer Mundo

⁸ Al respecto podemos señalar, *The Challenge of Man's Future* (Brown, 1954), “The Economics of the Coming Spaceship Earth” (Boulding, 1966), *Famine, 1975!: America's decision: Who will survive?* (Paddock y Paddock, 1967); *The Population Bomb* (Ehrlich, 1968); *Population, Resources, Environment. Issues in human ecology* (Ehrlich y Ehrlich, 1970); “The Tragedy of the Commons” (Hardin, 1968); “The Ethics of lifeboat” (Hardin, 1974); *Blueprint for Survival* (Goldsmith et al., 1972), entre otros.

ante los organismos de la ONU influyeron para que se realizara una gran Conferencia Mundial sobre el problema de la crisis ambiental.⁹ De esta forma, en la Sesión plenaria de la Asamblea General de la ONU, del 3 de diciembre del 1968, se convocó a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, a realizarse en 1972 (A/RES/2398 (XXIII), 1968). Se nombró como Secretario General de esta Conferencia al canadiense Maurice Strong quién, a su vez, solicitó a un grupo de científicos, encabezados por René Dubos y Bárbara Ward, que confeccionaran el documento base de discusión para esta Conferencia. Ellos emitieron el documento *Una Sola Tierra*, donde se señalaba que:

Se enfrenta una crisis ambiental global que pone en riesgo la vida del ser humano y del planeta. [...] Nuestras bruscas y vastas aceleraciones —en el crecimiento demográfico, en el uso de la energía y de nuevos materiales, en la urbanización, en los ideales de consumo y en la contaminación resultante— han colocado al hombre tecnológico en la ruta que podía alterar, en forma peligrosa, y quizá irreversible, los sistemas naturales de su planeta, de los cuales depende su supervivencia biológica [...] En pocas palabras, los dos mundos del hombre —la biósfera de su herencia y la tecnosfera de su creación— se encuentran en desequilibrio y, en verdad, potencialmente, en profundo conflicto. Y el hombre se encuentra en medio (Ward y Dubos, 1984, p. 39–49).

Finalmente en julio de 1972 en Estocolmo se celebró la primera gran conferencia mundial sobre el medio ambiente, bajo el título de Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Humano. En ella, junto con crearse el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), la idea de crisis ambiental global, que había sido lanzada tempranamente por Vogt y Osborn en 1948, era inscrita formalmente en la agenda política mundial, según se desprendía de su declaración final

7.-...hay un número cada vez mayor de problemas relativos al medio que, por ser de alcance regional o mundial o por repercutir en el ámbito internacional común, requerirán de una amplia colaboración entre las naciones y la adopción de medidas por las organizaciones internacionales en interés de todos. La Conferencia encarece a los gobiernos y a los pueblos a que aúnen sus esfuerzos para preservar y mejorar el medio humano en beneficio del hombre y de su posteridad (ONU, 1972).

(c) Richard Nixon, un presidente “ambientalista”

La prueba más sintomática del temor a que las masas hambrientas del mundo, que en su afán por desarrollarse, pudieran no sólo estimular el avance del comunismo sino que desencadenar el apocalipsis ecológico, había comenzado a ser tomado muy seriamente por las elites políticas del Primer Mundo, ocurrió con la llegada de Richard Nixon a la presidencia de los EE.UU. en 1969. Entre las primeras órdenes impartidas a su Asesor de Seguridad Nacional y Secretario de Estado, Henry Kissinger, estuvo el estudio del impacto del crecimiento de la población mundial para la seguridad del país. Esta orden dio origen a un informe secreto, desclasificado en 1980, titulado *National Security Study Memorandum 200* (NSSM-200), o *The Kissinger Report*, y que fue presentado al Presidente de los EE.UU, el 10 de diciembre de 1974. En él se afirmaba que el crecimiento demográfico de los Países de Menor Desarrollo (PMD) era un serio riesgo para los ecosistemas del mundo y, por lo tanto, para la propia seguridad de los EE.UU.:

El crecimiento de la población mundial desde la Segunda Guerra Mundial es cuantitativa y cualitativamente diferente que cualquier otra época previa de la historia humana [...] El efecto es que la población mundial se duplica cada 35 años, en vez de cada 100 años. Casi 80 millones se agregan cada año, comparado con 10 millones en 1900. El segundo aspecto nuevo de la tendencia poblacional es el contraste entre los países ricos y pobres. Desde 1950, la población de los países ricos ha crecido con una tasa del 0.5 a 1% anual, mientras que en los países pobres la tasa es 2.0 a 3.5% anual (duplicándose en 20 a 35 años). Algunos de los crecimientos más importantes son en áreas densamente pobladas y con una base de recursos débil [...] Las consecuencias políticas de los factores de población actuales en los PMD —rápido crecimiento, migración interna, altos porcentajes de gente joven, lentas mejoras en los estándares de vida, concentraciones urbanas, y presiones de migraciones extranjeras— son dañinas para la estabilidad interna y las relaciones internacionales de países en cuyo progreso los EE.UU. está interesado, creando así problemas políticos e incluso de seguridad nacional para los EE.UU. En un sentido más amplio, hay mayor riesgo de daño severo a los sistemas mundiales económicos, políticos y ecológicos (Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, 1974).

⁹ Primero fue la reunión del Consejo Económico y Social de Naciones Unidas (ECOSOC) en julio de 1968, y luego en septiembre, en la Conferencia Intergubernamental de Expertos sobre las Bases Científicas de Utilización Racional y la Conservación de la Biósfera, que, con el patrocinio de la UNESCO, se realizó en París.

Pero además, se ordenaron otros estudios prospectivos similares al efectuado por el Club de Roma. Por ejemplo, respecto del acceso a recursos naturales estratégicos que necesitaban los EE.UU. para garantizar su seguridad, en 1972 su Ministerio del Interior publicó una serie de proyecciones donde señalaba que para el año 2000, de los 13 minerales principales de que dependía la economía estadounidense “para funcionar, todos, con una excepción (fosfatos) deberían ser abastecidos en más de la mitad por fuentes externas”, siendo el petróleo “el caso más dramático” ya que “habiendo sido el mayor exportador mundial, los Estados Unidos tienden a transformarse en uno de los mayores importadores” (Furtado, 1982, p. 16, 17).

Respecto de los europeos, podemos citar a Robert Toulemon, Director General de Asuntos Industriales de la Comunidad Europea, cuando en relación a la próxima celebración en Estocolmo de la Conferencia de la ONU sobre Medio Humano, señalaba:

Ninguna tarea, excepto, por supuesto, el esfuerzo que se haga para impedir una guerra atómica, es más importante que la de proteger el milagroso equilibrio que permitió el desarrollo de la vida y la expansión de las especies sobre la superficie de la tierra. Al igual que la seguridad colectiva, la protección del medio ambiente no puede sacrificarse durante más tiempo por el mantenimiento de la soberanía absoluta de cada nación. Es necesario preparar el camino para una mejor organización del mundo en este y otros ámbitos. Se trata de una tarea a largo plazo, que deberá extenderse al control del crecimiento demográfico en todo el mundo” (Toulemon, 1971, p. 198).

De la misma manera, en febrero de 1972, se publicó en Gran Bretaña, el estudio de opinión pública ordenado por la Secretaría de Estado para el Medio Ambiente, *Contaminación: ¿Molestia o enemigo?* En él, se concluía, casi de manera textual a lo señalado en *Los Límites del Crecimiento*, que la contaminación debía ser urgentemente controlada, así como el crecimiento de la población humana. Igualmente, el consumo de recursos debía orientarse hacia un equilibrio permanentemente, o en caso contrario la catástrofe de la civilización británica (y mundial) sería inevitable (Estenssoro, 2014).

Por su parte, la Organización del Atlántico Norte (OTAN), creó en 1969 la Comisión sobre los Desafíos de la Sociedad Moderna, que tenía entre sus prioridades abordar los temas del medio ambiente, y al año siguiente la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) creó su Comisión del Medio Ambiente y una de las primeras medidas indicadas por los EE.UU. fue el estudio de las consecuencias económicas de las diversas

políticas gubernamentales que afectaban al medio natural (Train, 1974, p. 58-61).

Por lo tanto, 20 años después de que Truman lanzara su política de desarrollar y modernizar económicamente al Tercer Mundo a fin de frenar el avance comunista, las elites políticas del Primer Mundo habían tomado conciencia de la explosiva combinación que podía resultar del estímulo al desarrollo del Tercer Mundo en medio de la crisis ambiental y con los comunistas al “acecho”.

La primera etapa de la polémica en torno al desarrollo

La iniciativa de poner el tema de la crisis ambiental global en la agenda política mundial fue totalmente de los países altamente industrializados. El propio Secretario General de la Conferencia de Estocolmo, Maurice Strong, señaló que fue en “los países industrializados donde la preocupación por la contaminación creó la idea original de la Conferencia de Estocolmo” (Strong, 1983, p. 247). Y, en este sentido, los países del Tercer Mundo, en un primer momento interpretaron con gran desconfianza este llamado a realizar la Conferencia de Estocolmo 72. Sospechaban del discurso primermundista crítico a la contaminación ambiental y ecológica que provocaba el proceso de industrialización, así como las propuestas de crecimiento cero del Club de Roma, porque parecía dirigido, precisamente, a impedir que los países periféricos continuaran con él. O sea, para los representantes del Tercer Mundo era evidente que este discurso ambientalista con que se convocaba a la Conferencia de Estocolmo resultaba extraordinariamente cómodo para aquellos que ya estaban industrializado, ya gozaban de la mejor calidad de vida del planeta y, además, poseían el poder. De aquí entonces, según explica el representante chileno para esta Conferencia, el Dr. Vicente Sánchez, era común que en las conversaciones de pasillo los representantes del Tercer Mundo opinaran: “Ahora los países ricos están diciendo que el desarrollo contamina... o sea que es dañino. Esto ¿no puede ser!” (in Estenssoro, 2014, p. 113).

De igual forma, tampoco se podía descartar que este discurso sirviera para ocultar preocupaciones geopolíticas del Primer Mundo frente a la posible escasez de recursos ante el aumento de su demanda a raíz del crecimiento demográfico mundial, como tempranamente advirtió el brasileño Helio Jaguaribe:

... es particularmente de temer que, confrontados con varias formas de escasez ecológica, los Centros Imperiales y las naciones y grupos desarrollados reservarán todas o casi todas las facilidades escasas

para su propio uso, mientras impondrán al resto del mundo las políticas restrictivas sobre la expansión demográfica, económica y tecnológica requeridas para devolver al mundo el equilibrio ecológico (Jaguaribe, 1972, p. 122).

Esta desconfianza se prolongó durante toda la década de los años setenta, pero siempre centrada en la perspectiva ambiental y ecológica que expresaba el Primer Mundo y que se resumía en las tesis del primer informe del Club de Roma, *Los Límites del Crecimiento*. De hecho, América Latina fue la única región del mundo que respondió con su propio informe al Club de Roma, por medio de un grupo interdisciplinario de académicos e intelectuales, coordinado por Amílcar Herrera y apoyados por la fundación Bariloche, quienes publicaron *¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano*, y que también fue conocido como informe del Grupo Bariloche. En él se enfatizó que el problema principal del mundo no eran los límites físicos del planeta que impedían un crecimiento indefinido, ni los temores neo-malthusianos respecto del crecimiento de la población en el Tercer Mundo, sino que el problema principal era de carácter sociopolítico y radicaba en la desigual distribución del poder y la riqueza, tanto en el sistema internacional como en el interior de cada país. Por lo tanto, la solución consistía en realizar profundos cambios en la organización social dominante (Herrera *et al.*, 1976).

Por estas razones, se ha señalado que los años sesenta y setenta del siglo XX fueron “testigos de una crítica despiadada del desarrollo (crecimiento) visto por algunos como causa primera del deterioro ambiental” (Bifani, 1999, p. 105).

(a) América Latina y las distintas alternativas de desarrollo frente a la crisis ambiental

El debate que surgió en torno al desarrollo fue un gran estímulo para que surgieran diferentes concepciones sobre su significado y la forma de alcanzarlo. Por cierto este esfuerzo ya había sido iniciado en Latinoamérica con los aportes cepalinos de las teorías centro-periferia y de la dependencia (Devés, 2004). Pero ahora, al poner la variable crisis ambiental como parte integrante de la discusión el abanico de posibilidades se abrió exponencialmente.

Al respecto, y a parte del informe del Grupo Bariloche, se pueden mencionar otros momentos en donde

se expresaron las principales tesis ambientales asociadas al tema del desarrollo de América Latina, tales como el Informe de Founex (1971), el concepto de Ecodesarrollo (1973), y el proyecto Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina (1978-80). En todos ellos se configuró el primer pensamiento ambientalista de esta región del mundo, caracterizado porque se hacía cargo del problema de la crisis ambiental global pero su solución no podía ir en contra de sus necesidades de salir de sus condiciones de subdesarrollo. En este sentido, planteaba que el desarrollo no tenía que ser de un solo estilo o tipo y perfectamente éste podía ser de acuerdo a las características ecológicas de cada región, así como a sus necesidades sociales y políticas.

El Informe de Founex

En los preparativos a la Conferencia de Estocolmo de 1972, los representantes del Tercer Mundo exigieron que la protección al Medio Ambiente no implicará cancelar las opciones al desarrollo de los países de la periferia. Esta demanda se reflejó en la reunión que 27 representantes del Tercer Mundo tuvieron con el secretario General de esta Conferencia, Maurice Strong, en el pueblo Suizo de Founex en 1971.¹⁰ Aquí el canadiense se vio obligado a ceder a sus demandas bajo la amenaza de que, en caso contrario, éstos boicotearan la Conferencia (Estenssoro, 2014). Así, de esta reunión salió el Informe Founex, que en parte señalaba:

Puede afirmarse que, en gran medida, el actual interés en las cuestiones relacionadas con el medio ambiente ha tenido su origen en los problemas experimentados por los países industrialmente adelantados. Estos problemas son de por sí, en gran parte, el resultado de un nivel elevado de desarrollo económico [...] Estas perturbaciones han llegado a alcanzar tales proporciones que en muchos sitios constituyen ya un grave peligro para la salud y el bienestar humanos [...] Sin embargo, los principales problemas ambientales de los países en desarrollo son básicamente diferentes de los que se perciben en los países industrializados. Son principalmente problemas que tienen su raíz en la pobreza y la propia falta de desarrollo de sus sociedades. En otras palabras, son problemas de pobreza rural y urbana [...] Por estas razones, la preocupación por el medio ambiente no debe debilitar, y no es preciso que lo haga, el compromiso de la comunidad mun-

¹⁰ Participaron personalidades tales como Ignacy Sachs, Samir Amin, Enrique Iglesias, Felipe Herrera, William Kapp, Miguel Ozorio de Almeida, Pitambar Pant, Jan Tinbergen, Shigeto Tsuru, entre otros (Estenssoro, 2014).

dial –tanto de los países en desarrollo como de los industrializados– de dedicarse a la tarea principalísima de desarrollar las regiones más atrasadas del mundo. Por el contrario, subraya la necesidad no sólo de comprometerse plenamente a alcanzar las metas y objetivos del segundo decenio para el desarrollo, sino también redefinirlas a fin de atacar la miseria que es el aspecto más importante de los problemas que afligen al medio ambiente de la mayoría de la humanidad (Informe de Founex, 1971).

De esta forma, fue en Founex “donde por primera vez se intentó establecer un vínculo entre desarrollo y medio ambiente” (Bifani, 1999, p. 29).

Ecodesarrollo

Una vez terminada la Conferencia de Estocolmo, surgió la propuesta del ecodesarrollo, de la misma forma que se comenzó a hablar de estilos de desarrollo, en plural y no singular, como una manera de explicitar que no había porqué seguir el modelo de desarrollo depredador del Primer-Mundo. En este sentido, el ecodesarrollo fue un concepto usado inicialmente por Maurice Strong en la primera reunión del Consejo Consultivo del PNUMA de junio de 1973, para graficar “una forma de desarrollo económico y social en cuya planificación debe considerarse la variable medio ambiente” (Sánchez *et al.*, 1983, p. 12). Sin embargo, quien profundizó sobre este concepto fue el economista polaco, naturalizado francés y posteriormente brasileño, Ignacy Sachs quien consideraba que las propuestas del Club de Roma, eran absurdas, sobre todo para el Tercer Mundo. Para él, el cuidado del medio ambiente debía ser un aspecto del desarrollo y del crecimiento, no su negación. Pero esto, indudablemente, implicaba buscar distintas formas y estilos de desarrollo de acuerdo a la naturaleza de cada ecosistema particular buscando su protección y no su deterioro, así como no imponer mecánicamente el estilo de desarrollo del Primer Mundo en otras realidades sociales, culturales y ecosistémicas muy diferentes (Sachs, 1974, p. 365). En este sentido postulaba una línea intermedia entre “el ecologismo absoluto y el economicismo arrogante”, buscando “un desarrollo orientado por el principio de la justicia social en armonía con la naturaleza, y no a través de su conquista” (Sachs, 1998, p. 161). Por lo tanto, entendía el ecodesarrollo como la “armonización de objetivos sociales, ambientales y económicos” (p. 162). Invitado a México en 1973 a fin de que expusiera su concepto, casi inmediatamente lo hicieron suyo figuras destacadas del debate ambiental latinoamericano de los 1970 y

primera mitad de los 1980 vinculados a instituciones tales como la CEPAL, el PNUMA, la CLACSO, y el Instituto para el Desarrollo de los Recursos Naturales de Colombia (INDERENA), entre otros. De hecho en 1975, se creó el Centro de Ecodesarrollo de México, dirigido por Enrique Leff (Estenssoro, 2014).

Estilos de Desarrollo

Igualmente, en la segunda mitad de la los años 70, la CEPAL con el apoyo del PNUMA lanzó el proyecto denominado “Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina”, que se inició a mediados de 1978 y concluyó a mediados de 1980. Dirigido por Osvaldo Sunkel y Nicolo Gligo, estaba destinado a interrelacionar los estudios sobre los estilos de desarrollo que venía implementando la CEPAL desde los años 60, con el tema ambiental, según había surgido en la Conferencia de Estocolmo de 1972. En este sentido, recogió el espíritu crítico cepaliano a la imposición mecánica y totalitaria de las teorías de modernización estadounidenses en AML, abriendo la posibilidad a múltiples caminos para el mejoramiento de la calidad de vida económica, social y política de las periferias, y que ahora se veían enriquecidos con la incorporación de la dimensión ecológica y ambiental del desarrollo. Como parte de este proyecto se realizó el seminario interdisciplinario “Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en la AL”, llevado a cabo entre el 19 y 23 de noviembre de 1979, en Santiago de Chile y que reunió a más de 500 profesionales y personalidades de la región y, además, dio paso a la publicación homónima en 1981, *Estilos de desarrollo y Medio Ambiente en la AL*, obra que se transformó en un impulso fundamental y clave para enfrentar la problemática ambiental en esta región del mundo, como bien destacó Margarita Marino de Botero, desde el INDERENA (Marino de Botero, 1983, p. 16, 17).

La reactualización de la polémica en torno al desarrollo

Esta inicial polémica en torno al desarrollo y crecimiento económico que surgió a raíz de la instalación de la variable ambiental en el debate, se agravó en los años siguientes, al punto que implicó el fracaso de la segunda gran cumbre mundial sobre el Medio Ambiente que se había convocado para 1982 en Nairobi. Esta situación en parte se superó con el surgimiento del concepto del *desarrollo sostenible* o *sustentable*, según lo definió el informe *Nuestro Futuro Común* (1987) que

evacuó la Comisión Mundial de Medio Ambiente y Desarrollo.¹¹

Sin embargo, las tesis más radicales que sostenían la necesidad de terminar de raíz con cualquier posibilidad de desarrollo y crecimiento económico, especialmente en los países de la periferia y, más aún, terminar con la llamada civilización industrial a fin de construir a una suerte de sociedad mundial en armonía con la naturaleza, fueron sostenidas fundamentalmente por los partidarios del ecologismo, movimiento nacido en el Primer Mundo y desde donde iniciaron un proselitismo y activismo global.¹²

Surgido en los años sesenta y setenta, este ecologismo aportó y compartió los planteamientos expuestos en los *Límites del Crecimiento*, dado que los límites físicos del planeta eran infranqueables y el ecosistema mundial ya no toleraba más seres humanos y tampoco más industrias. “Un aumento indefinido, sea del tipo que sea, no puede ser sostenido por recursos finitos. Este es el *quid* de la doctrina ecológica” (Tamames, 1980, p. 100).

Lo interesante del ecologismo, es que permitió ampliar la base social de recepción a este discurso, ya que los ecologistas, siguiendo las tesis de *Los Límites del Crecimiento*, culparon de la crisis ambiental tanto al modelo capitalista como comunista, porque ambos caían en el pecado industrialista debido a que, finalmente, compartían la cosmovisión antropocéntrica propia de la modernidad ilustrada.¹³ O sea, los antropocentristas creían en el predominio de la razón, el progreso y un positivismo científico que entenderá la relación hombre-naturaleza sólo desde una perspectiva utilitarista, es decir, la naturaleza al servicio del ser humano. Por el contrario, los ecologistas

propondrán toda una nueva cosmovisión denominada biocéntrica o ecocéntrica, que en la relación hombre-naturaleza “prioriza la Tierra y toma la preservación de la integridad ecológica del planeta como su principal objetivo” (O’Connor, 1993, p. 93). De esta forma, el ecologismo planteó un nuevo eje ideológico dicotómico que “ubica en un extremo del espectro la posición antropocéntrica o humanista, y en la otra, la posición biocéntrica o ecocéntrica que reconoce en la naturaleza un valor intrínseco, y busca trascender las concepciones que reducen la biósfera a su dimensión de utilidad para el hombre” (Rojas, 1993, p. 66). Y su sociedad ideal biocéntrica, evidentemente post-industrial, en realidad se asemejaría más a una suerte de época pre-industrial idílicamente pastoril, inspirándose en los modos de vida indígenas precolombinos u otros pueblos de formas de vida tradicional, supuestamente, más ecológicos y respetuosos de la “madre tierra”.¹⁴ Para clarificar esta doctrina podemos citar a una de las figuras del ecologismo mundial, el inglés fundador de la revista *The Ecologist*, Edward Goldsmith, cuando señaló:

Si nuestra sociedad industrial es anormal, en lugar de normal, es porque el ser humano existe desde hace varios millones de años, pero hace solamente ciento cincuenta que, en una pequeña porción del planeta, nos hicimos industrialistas, y en los últimos cincuenta la industrialización se ha convertido en un fenómeno global [...] Si nuestra sociedad industrial es efímera, en lugar de permanente, es porque no puede sobrevivir a la destrucción de la biosfera y, desde luego, tampoco puede sobrevivir –y esto es mucho más grave– la propia

¹¹ Esta Comisión se formó en 1983, a fin de salir del punto muerto en que habían caído los esfuerzos políticos por avanzar en la lucha mundial contra la crisis ambiental. De hecho, después de la Conferencia de Estocolmo '72 se propuso que cada 10 años la ONU convocara a una gran Conferencia Mundial para analizar y redefinir la estrategia para terminar con la amenaza de esta crisis. Así, la segunda gran cumbre ambiental mundial se convocó para 1982 en Nairobi, capital de Kenia y ciudad sede de PNUMA. Sin embargo resultó en un fracaso estrepitoso, entre otras razones por la permanencia de la tensión entre el Primer y Tercer Mundo respecto de cómo entender la crisis ambiental y que se venía manifestando desde Estocolmo 72, así como al enrarecido clima internacional de la época, caracterizado por el re-enfriamiento de las relaciones del bloque soviético con el bloque occidental tras la llegada de Ronald Reagan y Margaret Thatcher a los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña respectivamente. Tras éste fracaso, la ONU creó, al año siguiente, 1983, la Comisión Mundial de Medio Ambiente y Desarrollo (CMMAD), destinada a reponer el tema ambiental en la agenda de las prioridades políticas mundiales. Se nombró Presidenta de esta Comisión a la noruega Gro Harlem Brundtland, y después de 4 años de trabajo finalmente evacuó su fórmula de consenso que se conoció como *Sustainable Development* y que en castellano y portugués se tradujo indistintamente como desarrollo Sostenible o Sustentable. Este trabajo exitoso de la Comisión fue lo que permitió que en 1992 se realizara la en Río de Janeiro, la Cumbre Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo o “cumbre de la Tierra” (Estenssoro, 2014).

¹² En un sentido ideológico, es importante plantear la diferenciación entre ecologismo y ambientalismo, a fin de no cometer un serio error intelectual según el politólogo inglés Andrew Dobson (1997). Así, cuando hablamos de ecologismo nos referimos a que éste hace referencia a la necesidad de una transformación amplia, radical, profunda y/o revolucionaria de los actuales sistemas sociales, políticos, económicos y culturales existentes en las dominantes sociedades occidentales industrializadas y que se estructuraron bajo la cosmovisión propia de la modernidad. No así el ambientalismo o medioambientalismo que sólo creería en reformas ambientales a los actuales modelos de desarrollo (Dobson, 1997).

¹³ Tempranamente Ignacy Sachs, alertó que la urgencia neo-malthusiana de Los Límites del Crecimiento, había dado pie a corrientes ideológicas tan distintas como las utopías que postulaban volver a vivir en un estado de naturaleza tipo rousseauniana y su idealización del “buen salvaje”, así como la acción de las grandes multinacionales que operaban por medio del mercado: “¿Cuáles son, por tanto, las implicaciones ideológicas de esta urgencia? Creo que el tema ha sido abordado por corrientes políticas muy distintas y hay, por lo menos, dos grupos bastante opuestos que están apoyándose en los argumentos de Meadows y de Paul Ehrlich, para proponer dos cosas totalmente distintas. De un lado, hay grupos utopistas de izquierda que están sugiriendo un retorno a la naturaleza, a la Rousseau [...] Por otro lado, hay tentativas de interpretar esta problemática como una fase de crisis, por lo que es preciso apoyarse en las organizaciones más capaces; por supuesto, estos organismos son las empresas multinacionales” (Sachs, 1977, p. 14)

¹⁴ Arquetipo de ecologismo biocéntrico va a ser el movimiento de la Ecología Profunda fundada por el noruego Arne Naess, buscaría explícitamente ir “más allá de un enfoque somero, limitado y parcial de los problemas ambientales e intenta articular una exhaustiva visión de mundo filosófica y religiosa” (Devall y Sessions, 1985, p. 65, 66) Así, van a señalar que las “culturas de la mayoría de las primeras sociedades (cazadoras y recolectoras) a través del mundo estaban impregnadas con una religión orientada a la Naturaleza que expresaba la perspectiva ecocéntrica. Esas cosmologías, implicaban un sentido sagrado de la Tierra y todos sus habitantes, ayudándolos a ordenar sus vidas y determinando sus valores”, sin embargo todos estos valores se perdieron, entre otras razones porque “la tradición religiosa Occidental se distanció radicalmente de la Naturaleza salvaje y, en el proceso, se volvió cada vez más antropocéntrica (Sessions, 1995, p. 158, 159). Por este motivo, idealizan el modo de vida de los pueblos indígenas señalando que hay mucha gente en este mundo que “todavía tiene conciencia de ciertas verdades fundamentales, la más importante de las cuales exige reverencia a la tierra -una idea que es subversiva para la sociedad occidental y para toda la orientación tecnológica del último siglo [...] gentes que desde sus ancestros han dicho, desde el comienzo de la edad tecnológica, que nuestras acciones y actitudes son fatalmente erradas ya que no tienen por base una verdadera comprensión de cómo vivir sobre la tierra” (Mander, 1995, p. 234).

existencia humana [...] ¿Qué hacemos entonces? Tenemos que hacer algo, y no parece haber otra alternativa que no sea la de abolir esta monstruosa sociedad, reemplazándola por otra que sea capaz de resolver sus problemas: una sociedad que pueda sostenerse a sí misma sin aniquilar el mundo natural del que depende su sustento. Únicamente existe un tipo de sociedad, que sepamos, que sea capaz de satisfacer esos requisitos: es la sociedad tradicional de base comunitaria en la que ha transcurrido el 99% de nuestra existencia (Goldsmith, 1992, p. 44, 45 y 48).

Por lo tanto, el ecologismo se presentó como toda una nueva ideología radical, que pretendería nada menos “que una revolución no violenta que derrumbe la totalidad de nuestra sociedad industrial contaminante saqueadora y materialista y, en su lugar, cree un nuevo orden económico y social que permita a los seres humanos vivir en armonía con el planeta. Según esto, el movimiento verde pretende ser la fuerza cultural y política más importante desde el nacimiento del socialismo” (*in* Dobson, 1997, p. 30). En este sentido, explícitamente se plantearon como una alternativa al capitalismo y al socialismo, oponiéndose “tanto a las valoraciones abstractas de la naturaleza hechas por el capital como a la idea de la planificación central de la producción”. De aquí entonces, el famoso eslogan de los verdes europeos, “ni de derechas ni de izquierdas, sino adelante” (O’Connor, 1993, p. 93, 94).

(a) De Los Límites del Crecimiento al Decrecimiento

Por cierto, en los años 90 del siglo pasado las tesis señaladas en *Los Límites del Crecimiento*, siguieron siendo defendidas como, por ejemplo ocurre en la nueva obra de Meadows, *Más Allá de Los Límites del Crecimiento* (Meadows *et al.*, 1992), o más recientemente *The Limits to Growth Revisited* (Bardi, 2011). Pero lo más interesante es que otros intelectuales primermundista, mucho más recientemente, han pasado del original crecimiento cero propuesto en los *Límites*, a proponer directamente el decrecimiento económico, como parte de su crítica al concepto de desarrollo sostenible o sustentable y a los esfuerzos que buscan superar la crisis ambiental sin salirse de los márgenes del capitalismo. Al respecto el francés Serge Latouche señala:

El desarrollo es una palabra tóxica, sea cual sea el adjetivo con que lo vistan. Para llevar a cabo la cuadratura del círculo, el desarrollo sustentable ahora encontró su

instrumento privilegiado: “los mecanismos de desarrollo limpio”, una expresión que significa tecnologías ahorradoras de energía o de carbono, con el pretexto de la eco-eficiencia. Seguimos en la diplomacia verbal. Las actuaciones innegables y deseables de la técnica no cuestiona la lógica suicida de desarrollo (Latouche, 2009, p. 8, 9).

Haciéndose deudor de los teóricos que los años sesenta criticaron la idea del desarrollo y crecimiento económico sobre la base del principio de que el crecimiento infinito no es posible en un mundo finitos,¹⁵ Latouche va a señalar que el decrecimiento tiene como “meta principal enfatizar fuertemente el abandono del objetivo del crecimiento ilimitado, cuyo motor no es otro más que la búsqueda del lucro por parte de los poseedores del capital, con consecuencias desastrosas para el medio ambiente y, por lo tanto para la humanidad” (2009, p. 4).

Igualmente, quienes sustentan estas ideas decrecentistas, consideran que la construcción de una sociedad del decrecimiento es un proyecto político de carácter revolucionario ya que se trata tanto de un “cambio de la cultura, como de las estructuras jurídicas y de las relaciones de producción” (Latouche 2009, p. 92). En este sentido, comparten muchas de las tesis fundamentales del ecologismo, tales como su crítica al capitalismo y al comunismo, porque ambos han sido igualmente destructores de la naturaleza, y de aquí entonces, la necesidad de superar la cosmovisión moderna. Al respecto, se sienten parte de un movimiento culturalista y anti-utilitarista planetario que se “preocupa desde hace largo tiempo por las consecuencias de la ‘economización’ progresiva de las sociedades, ya sea bajo la égida del mercado o del plan” (Bayon *et al.*, 2010, p. 48). Igualmente, impugnan “la superioridad de la *modernidad* entendida en sentido normativo como la superioridad del modo de vida de la ciudad sobre el campo, de los *desarrollados* sobre los primitivos, de los *tecnológicamente avanzados* sobre los *atrasados*”, por estos motivos y “para domesticar el productivismo salvaje, la corriente culturalista insiste más en la transformación de los valores sociales y culturales que en los cambios legislativos o de ‘estilo de vida’, en el sentido económico de otra opción de consumo” (Bayon *et al.*, 2010, p. 50, 51, 53).

Sin embargo, Latouche busca alejarse algunos centímetros de las tesis biocentristas al señalar que el decrecimiento no es el retorno a una idílica y pastoril sociedad pre-industrial, pero tampoco es un acomodamiento al capitalismo, explicando que “nuestra concepción de la sociedad del decrecimiento no es ni un imposible retorno para atrás ni un acomodamiento al capitalismo” (Latouche, 2009, p. 130). Por lo tanto, frente a la dicotomía antro-

¹⁵ En este sentido, Latouche es deudor de Gorz, Partant, Ellul, Charbonneau, Castoriadis, Illich y Schumacher, entre otros.

poctrismo-biocentrismo propuesta por los ecologistas plantea una tercera vía, una suerte de humanismo ecológico que el bautiza como “ecoantropocentrismo”, o sea un camino intermedio “entre el antropocentrismo ciego o dogmático de la modernidad occidental y la sacralización animista de la naturaleza” (Latouche, 2009, p. 148).

(b) Decrecimiento, pos-desarrollo y anti-extractivismo en AML

Estas ideas antidesarrollo y anticrecimiento primermundistas han sido recogidas por sectores ecologistas, así como actores políticos e intelectuales latinoamericanos que progresivamente se van a ir permeado de las tesis ecologistas y biocéntricas, para levantar propuestas ideológicas críticas tanto a los modelos económicos neoliberales, como neoestructuralistas que han caracterizado a esta región del mundo desde el fin de la Guerra Fría hasta entrada la segunda década del siglo XXI.

Por ejemplo, el político e intelectual ecuatoriano Alberto Acosta, partiendo de los planteamientos cepalinos dependentistas, va a criticar a los modelos económicos de los países de la periferia porque, desde la propia conquista, fueron especializados en la extracción y producción de materias primas para alimentar el naciente desarrollo capitalista manufacturero e industrial del centro, asumiendo “el papel de exportadores de naturaleza” mientras los centros “el papel de importadores” de la misma (Acosta, 2012, p. 85). Esta situación, no sólo se ha mantenido sino que se ha agravado en AML del siglo XXI, definiéndolos como modelos extractivistas dado que se trata de “actividades que remueven grandes volúmenes de recursos naturales que nos son procesados (o que lo son limitadamente), sobre todo para la exportación”, y en este sentido, el extractivismo no se limita sólo a los minerales o al petróleo ya que hay “también extractivismo agrario, forestal e inclusive pesquero” (Acosta, 2012, p. 85).

Sin embargo, a diferencia de los cepalinos originales, Acosta agrega elementos del discurso ecologista, al señalar que los volúmenes de explotación de recursos naturales han aumentado a tal proporción que se está afectando el equilibrio ecosistémico: “muchos recursos ‘renovables’, como por ejemplo el forestal o la fertilidad del suelo, pasan a ser no renovables, ya que el recurso se pierde porque la tasa de extracción es mucho más alta que la tasa ecológica de la renovación del recursos” (Acosta, 2012, p. 86). De igual forma, los modelos económicos que se están aplicando en la región cometen el error de considerar que “los destrozos ambientales son [...] costos inevitables para lograr el desarrollo” (Acosta, 2012, p. 86). Y si bien es cierto, en un principio Acosta pareciera lejano de los ideales ecologistas sobre una sociedad pre-industrial

y pastoril para seguir defendiendo tesis neoestructuralistas cepalinas, señalando que se debe “dejar atrás las economías extractivistas dependientes y no sustentables” para construir economías posextractivistas, o sea “construir economías sustentables, es decir, diversificadas en productos y mercados, industrializadas y terciarizadas con capacidad de generación de empleo de calidad, equitativas, respetuosas de las culturas y de la naturaleza”, recoge aspectos importantes del ecologismo, tales como la idealización de las cosmovisiones indígenas donde “los seres humanos no sólo conviven con la naturaleza de forma armoniosa, sino que forman parte de ella” (Acosta, 2012, p. 86). De esta forma, va a plantear la necesidad de “transitar de visiones antropocéntricas a visiones socio-biocéntricas, con las consiguientes consecuencias políticas, económicas y sociales” (p. 86). Y, por este mismo motivo, considerará que los “esfuerzos para dar paso al postextractivismo en el Sur global deberían venir de la mano del decrecimiento económico, o por lo menos, del crecimiento estacionario en el Norte global; tema que ocupa una creciente preocupación en muchos países industrializados” (Acosta, 2012, p. 114).

Por otra parte, para el intelectual ecologista uruguayo Eduardo Gudynas, si bien las teorías estructuralistas cepalinas de los años 60 criticaron las teorías de la modernización que provenían de los EE.UU., igualmente repitieron el error de creer que el desarrollo y crecimiento económico eran expresión de progreso material, junto con perseguir la industrialización de la región. Su crítica a los estructuralistas cepalinos radica en que estos no ponían en discusión “las ideas de ‘avance’, ‘atraso’, ‘modernización’ o ‘progreso’, o la necesidad de aprovechar la riqueza ecológica de América latina para nutrir ese crecimiento económico” (Gudynas, 2012, p. 25). En otras palabras, sus propuestas “mantenían en su núcleo central el progreso económico, y sus disputas se desenvolvían en el plano instrumental” (p. 25). Pero más grave aún, sería que este error se vuelva repetir en los gobiernos neoestructuralistas y de tendencias izquierdistas latinoamericanos de los años 2000 (refiriéndose a los gobiernos del PT en Brasil, el Kirchnerismo argentino, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador y el socialismo del siglo XXI venezolano), ya que “no ponen en discusión la racionalidad del desarrollo como crecimiento, el papel de las exportaciones o de las inversiones, o la mediación en la apropiación de la Naturaleza” y “defienden el crecimiento económico como sinónimo de desarrollo, y conciben que éste se logra aumentando las exportaciones y maximizando las inversiones” (Gudynas, 2012, p. 25). Esta situación habría generado un neo-extractivismo progresista que “repite esa apropiación masiva de la Naturaleza, las economías de enclave y una inserción global subordinada” (Gudynas, 2012, p. 34-36). Por lo tanto, siguiendo la lógica biocéntrica,

para él “las alternativas al desarrollo también deben ser alternativas a la Modernidad occidental”. O sea, se debe terminar con la hegemonía cultural de la Modernidad antropocéntrica y que los colonialistas europeos traspasaron a las elites criollas, implicando, entre otros aspectos, que “las ideas del progreso se fusionaron con toda naturalidad con el pensamiento económico convencional, condicionando todas las perspectivas latinoamericanas” (p. 45). En este sentido, Gudynas, llama a estimular expresiones latinoamericanas del “ambientalismo radical biocéntrico, donde se reconocen valores propios en la Naturaleza” (Gudynas, 2012, p. 45), porque de esta forma se produce el “rompimiento con el antropocentrismo”, así como “permite reconocer valores intrínsecos en el ambiente, disolver la dualidad sociedad/Naturaleza y reconfigurar las comunidades de agentes políticos y morales” (p. 50). Y si bien es cierto, Gudynas reconoce elementos de este biocentrismo en conceptos como el *buen vivir* ecuatoriano y las tesis pos-extractivistas de autores como Acosta, entre otros, es necesario que este cambio de cosmovisión, así como de ideología penetre a las actuales elites políticas de los propios gobiernos críticos del neoliberalismo de AML. Para él, es necesario abandonar “las categorías políticas tradicionales, tales como liberalismo, conservadurismo y socialismo”, debido a que “son insuficientes para permitir las alternativas al desarrollo” que realmente terminen con la visión utilitarista de la naturaleza, lo que significa que “los nuevos cambios deberán ser tanto pos capitalistas como pos socialistas, en tanto rompen con la ideología del progreso” (Gudynas, 2012, p. 52, 53).

Conclusiones

El tema de alcanzar el desarrollo, entendido como la posibilidad que los países periféricos se acerquen o igualen, algún día, a los estándares, estilo y calidad de vida de los países del Primer Mundo, va mucho más allá de una discusión económica. Desde un principio ha tenido una enorme dimensión político-ideológica, así como estratégica, según se desprende de las acciones que emprendió los EE.UU. y sus aliados con el inicio de la Guerra Fría.

Lo interesante es que el debate ambiental enriqueció enormemente el propio debate sobre el desarrollo-subdesarrollo. Las críticas a las externalidades ambientales negativas que generó el proceso de industrialización del Primer Mundo y la generación del concepto de crisis ambiental global, dio origen, entre e otros muchos fenómenos, a la aparición de nuevas ideologías como el caso del ecologismo, que desde un principio ha buscado no sólo ser alternativa a las ideologías que dominaron la escena de la Guerra Fría, sino que, también, actuar a escala global. Y en este sentido, todos quienes han sido fuertes

críticos a la idea y concepto de desarrollo y sus objetivos de crecimiento económico, se estructuran en torno al fenómeno de la crisis ambiental global y la creencia absoluta en la imposibilidad física o ecosistémica del planeta para que toda la humanidad algún día alcance este estándar y calidad de vida similar al Primer Mundo u Norte global cómo se le identifica hoy en día, sin importar los avances científicos y técnicos que puedan surgir al respecto. Más allá de si se está o no de acuerdo con estas creencias, podemos concluir que estas ideas se han venido transformando en un todo un complejo arsenal ideológico que busca orientar e influir de manera importante en las luchas sociales y políticas del presente y futuro cercano, por lo menos en América Latina. En este sentido, en AML ya existen importantes recepciones del ecologismo biocéntrico primer mundista, así como se aceptan sus tesis de negar las ideologías políticas que predominaron en tiempos de la Guerra Fría. O sea, bajo el argumento de la necesidad de terminar con la cosmovisión moderna u occidental (racional, ilustrada, antropocéntrica, positivista, entre otras características), junto con definirse críticos al capitalismo, también se caracterizan por un marcado antimarxismo y cualquier influencia de esta ideología en las izquierdas latinoamericanas contemporáneas.

Por lo tanto, para las versiones ecologistas latinoamericanas, la hegemonía cultural de la cosmovisión propia de la Modernidad que tenía capturado el imaginario de las elites políticas del siglo XIX, ha logrado mantener capturado el imaginario de los políticos contemporáneos tales como Lula, Correa, Chávez, entre otros. Y de aquí, su postura crítica a lo que denominan como modelos desarrollistas y extractivistas propios de estos países.

Es en este sentido que, para el estudio del fenómeno político, es muy interesante profundizar en el análisis de las ideas que, sosteniendo la imposibilidad de la universalización del desarrollo y crecimiento económico, han desafiado a las ideologías más tradicionales que aún predominan en esta parte del mundo.

Referencias

- ACOSTA, A. 2012. Extractivismo y neoextractivismo: Dos caras de la misma maldición. In: *Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo*. Más Allá del Desarrollo. Quito, Ediciones Abya Yala, p. 83-118.
- BARDI, U. 2011. *The Limits to Growth Revisited*. New York, Springer, 132 p. <https://doi.org/10.1007/978-1-4419-9416-5>
- BAYON, D.; FLIPO, F.; SCHNEIDER, F. 2010. *Decrecimiento 10 preguntas para comprenderlo y debatirlo*. Barcelona, El Viejo Topo, 240 p.
- BIFANI, P. 1999. *Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos Para América Latina, 593 p.
- COMISIÓN MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DEL

- DESARROLLO (CMMAD). 1992. *Nuestro Futuro Común*. Madrid, Alianza Editorial, 460 p.
- CONSEJO DE SEGURIDAD NACIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS. 1974. *Memorandum Estudio Seguridad Nacional 200*. Washington, D.C. 20506, 24 abril. Disponible en: <http://www.forumvida.org/control-natal/informe-kissinger-completo>. Acceso el: 21/04/2013.
- DEVALL, B.; SESSIONS, G. 1985. *Deep Ecology: Living as if Nature Mattered*. Layton, Gibbs Smith, 267 p.
- DEVÉS V.E. 2004. *El Pensamiento Latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*. Buenos Aires, Biblos, vol. 3, 242 p.
- DOBSON, A. 1997. *El Pensamiento Político Verde. Una nueva ideología para el siglo XXI*. Barcelona, Paidós, 272 p.
- FURTADO, C. 1982. *El Desarrollo Económico: Un mito*. México D.F., Siglo XXI, (primera edición, 1975), 141 p.
- ESCOBAR, A. 2007. *La invención del Tercer Mundo*. Caracas, El Perro y la Rana, 419 p.
- ESTENSSORO, F. 2014. *Historia del Debate Ambiental en la Política Mundial. 1945-1992. La perspectiva latinoamericana*. Santiago, IDEA, 216 p.
- ESTENSSORO, F. 2009. *Medio Ambiente e Ideología. La Discusión pública en Chile, 1992-2002. Antecedentes para una historia de las ideas políticas a inicios del siglo XXI*. Santiago, USACH / Ariadna, 386 p.
- ESTEVA, G. 1996. Desarrollo. In: W. SACHS (ed.), *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Lima, PRATEC, p. 52-78.
- GOLDSMITH, E. 1992. La Sociedad Comunitaria. In: F. CALABRÓ (ed.), *Vivir Ligeramente Sobre la Tierra. Premios Nobel Alternativos*. Barcelona, Integral, p. 43-50.
- GUDYNAS, E. 2012. Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América latina: Una breve guía heterodoxa. In: *Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo. Más Allá del Desarrollo*. Quito, Ediciones Abya Yala, p. 21-53.
- HERRERA, A. et al. 1976. *Catastrophe or New Society: A Latin American Model*. Ottawa, International Development Research Center, 127 p.
- INFORME DE FOUNEX. 1983. In: M. de BOTERO; J. TOKATLIAN, (comp.), *Ecodesarrollo. El pensamiento del decenio*. Bogotá, IDERENA/PNUMA, p. 51-85.
- JACOB, J. 1999. *Histoire de l'ecologie politique*. Paris, Albin Michel, 361 p.
- JUAGARIBE, H. 1972. El equilibrio ecológico mundial y los países subdesarrollados. *Estudios Internacionales*, año V, 17:92-123.
- MANDER, J. 1995. *En Ausencia de Lo Sagrado. El fracaso de la tecnología y la sobrevivencia de las naciones indígenas*. Santiago, Cuatro Vientos Editorial, 532 p.
- MEADOWS, D. et al. 1972. *The Limits to Growth*. New York, A Potomac Associates Book, 205 p.
- MEADOWS, D. et al. 1992. *Más allá de los Límites del Crecimiento*. Madrid, El País/Aguilar, 355 p.
- MARINO de BOTERO, M. 1983. Introducción. In: B.M. de MERINO; J. TOKATLIAN, *Ecodesarrollo. El pensamiento del decenio*. Bogotá, IDERENA/PNUMA, p. 13-18.
- MIRES, F. 1990. *El Discurso de la Naturaleza. Ecología y Política en América Latina*. Santiago, Editorial Amerinda, 229 p.
- LATOUCHE, S. 2009. *Pequeno Tratado do Decrecimento Sereno*. São Paulo, Wmf Martins Fontes, 186 p.
- O'CONNOR, J. 1993. Socialismo y Ecologismo: Mundialismo y Localismo. *Ecología Política. Cuadernos de debate Internacional*, 2:93-99.
- ONU. 1972. *Declaración de Estocolmo sobre el Medio Ambiente Humano*. Estocolmo, 16 junio. Disponible en: <http://www.ordenjuridico.gob.mx/TratInt/Derechos%20Humanos/INST%2005.pdf>. Acceso el: 25/06/2013.
- OSBORN, F. 1956. *Los Límites de la Tierra*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. (Primera edición en inglés, Boston, Little, Brown and Company, 1953).
- PRESTON, P.W. 1999. *Una Introducción a la Teoría del Desarrollo*. México D.F., Siglo XXI, 434 p.
- ROJAS, W.A. 1993. ¿Desarrollo sustentable o desarrollo de la sustentabilidad ecológica social? In: R. KATZ; G. DEL FÁVERO et al., *Medio Ambiente en Desarrollo*. Santiago, Centro de Estudios Públicos, p. 63-101.
- ROSTOW, W.W. 1961. *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 206 p.
- TRAIN, R.E. 1974. Objetivos y estrategias para mejorar la calidad del ambiente en Estados Unidos. In: A. KNEESE et al. (comp.), *Ecología y contaminación. Formas de cooperación internacional*. Buenos Aires, Marymar, p. 153-163.
- SACHS, I. 1974. Ambiente y estilo de desarrollo. *Comercio Exterior*, XXIV:360-368.
- SACHS, I. 1977. Los Límites: ¿Realidad o Fantasía? In: J. HODARA; I. RESTREPO, ¿Tiene límites el Crecimiento? *Una visión latinoamericana*. México, D.F., El Manual Moderno, p. 12-22.
- SACHS, I. 1998. Do Crescimento Econômico ao Ecodesenvolvimento. In: V.P. FREIRE et al., *Desenvolvimento e Meio Ambiente no Brasil. A contribuição de Ignacy Sachs*. Florianópolis, Editora Palotti/APED, p. 161-163.
- SACHS, W. (ed.). 1996. *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Lima, PRATEC, 399 p.
- SACHS, W. 1997. Archeology of the Idea of Development. *Envío digital*, n° 197. Disponible en: <http://www.envio.org.ni/articulo/2040>. Acceso el: 20/07/2012.
- SÁNCHEZ, V.; SEJENOVICH, H.; SZEKELY F. 1983. Hacia Una conceptualización del ecodesarrollo. In: V. SÁNCHEZ; H. SEJENOVICH (comp.), *Antología en torno al ecodesarrollo*. San José de Costa Rica, Universidad Estatal a Distancia, p. 15-38.
- SESSIONS, G. (ed.). 1995. *Deep Ecology for the 21st Century*. Boston, Shambala, 520 p.
- STRONG, M. 1983. El décimo aniversario de la Conferencia de Estocolmo. In: H. ECHECHURI et al., *Diez Años Después de Estocolmo. Desarrollo, Medio Ambiente y Supervivencia*. Madrid, CIFCA, p. 243-253.
- TOULEMON, R. 1974. Aspectos políticos e institucionales del control del entorno: la experiencia europea. In: A. KNEESE et al. (comp.), *Ecología y contaminación. Formas de cooperación internacional*. Buenos Aires, Marymar, p. 193-198.
- TRUMAN, S.H. 1949. Inaugural Address, January 20, 1949. Disponible en: https://www.trumanlibrary.org/whistlestop/50yr_archive/inagural20jan1949.htm. Acceso el: 20/12/2012.
- VOGT, W. 1952. *Camino de Supervivencia*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana. (Primera edición en inglés, New York, Sloane Associates, 1948).
- WARD, B.; DUBOS, R. 1984. *Una Sola Tierra. El cuidado y conservación de un pequeño planeta*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 278 p. (Primera edición, Mexico, FCE, 1972).

Submitido: 11/07/2016

Aceito: 21/09/2016